

Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré, *Toward Mexico's Democratization: Parties, Campaigns, Elections, and Public Opinion*, Nueva York y Londres, Routledge, 1999, 251 p.

Lauro Mercado

El nacimiento de una comunidad científica que gira alrededor de un tema de investigación se caracteriza por la existencia de debates con sustento empírico y rigor metodológico, por la desaparición de la investigación académica aislada y, sobre todo, por el aumento del intercambio de ideas y la subsecuente construcción de un edificio teórico cuyas estructuras se consolidan o cambian con base en el análisis de nuevas pruebas empíricas o con la aplicación de nuevas técnicas de análisis.

El libro coeditado por Jorge I. Domínguez y Alejandro Poiré señala, si no el nacimiento, al menos sí la consolidación de una comunidad científica reunida en torno del estudio del votante mexicano.

La investigación sobre las elecciones en México fue, durante mucho tiempo, eminentemente descriptiva; utilizaba datos agregados que impedían conocer de manera adecuada las motivaciones electorales de los votan-

tes individuales. Lo novedoso de esta nueva comunidad científica radica en que los estudios realizados sobre los determinantes del voto de los mexicanos se sujetan al ámbito individual, utilizan encuestas que indagan directamente las razones de los votantes y aplican técnicas sofisticadas de análisis estadístico.

El libro está compuesto por ocho artículos, escritos en su mayoría por jóvenes académicos que despliegan un amplio conocimiento de las teorías clásicas para el estudio del comportamiento electoral y la opinión pública. Demuestran también un alto grado de sofisticación metodológica, tanto en la conceptualización y operacionalización de las variables en sus modelos, como en el análisis estadístico y la interpretación de sus resultados. Por supuesto, como en toda recopilación, los artículos no son homogéneos en cuanto a las características mencionadas. Sin embargo, en conjunto representan una clara muestra de

esfuerzo intelectual enfocado a comprender el comportamiento electoral en México.

En la introducción, Jorge Domínguez escribe acerca del proceso de democratización en México durante los últimos diez años y hace un resumen sobre la historia de la evolución teórica de los estudios sobre el comportamiento electoral en México. Alejandro Poiré elabora un modelo teórico de los determinantes del voto, en el que incorpora variables provenientes de las tres escuelas que existen sobre el estudio del votante: la sociológica (características sociodemográficas), la psicosocial (identificación partidista) y la racional (voto retrospectivo). La especificación de su modelo demuestra ser muy útil para explicar las elecciones presidenciales de 1994. Beatriz Magaloni, a partir de la perspectiva teórica de la elección racional elaborada por Anthony Downs y Morris P. Fiorina, elabora un modelo bayesiano para explicar por qué, a pesar de las crisis económicas experimentadas en el país, no es sino hasta 1997 cuando el voto retrospectivo (voto de castigo) y el prospectivo se convirtieron en determinantes importantes del voto. Alberto Cinta estudia este mismo acertijo desde otro ángulo. Cinta se concentra en la incertidumbre que despierta la ausencia de información sobre qué sucedería si un partido de oposición ocupara la Presidencia de la República, así como en la interacción de dicha incertidumbre con actitudes de aversión al riesgo; interacción que favorece al PRI por el miedo al cambio o, como se dice coloquialmente, porque "más vale

malo conocido". Alejandro Moreno estudia el efecto que las campañas políticas tienen sobre la decisión del voto y encuentra que dicha influencia es mediada por el grado de lealtad partidista de las personas, así como por su interés en asuntos políticos en general. Las personas con más identidad partidista son las más resistentes a las influencias de las campañas; en este sentido, Moreno replica, para el caso mexicano, hallazgos en el comportamiento electoral estudiados por John Zaller, entre otros, para el caso del votante estadounidense. Chappell Lawson aplica una metodología novedosa para el caso de México: las encuestas seriadas o de panel, las cuales utilizan la misma muestra de ciudadanos en distintos momentos de una misma campaña. Lawson mide, para el caso de la elección de jefe de Gobierno del Distrito Federal, la volatilidad de las opiniones electorales en el ámbito individual. Este hallazgo es similar al obtenido por Phillip Converse en los años sesenta. La inestabilidad en las opiniones que existe en el nivel individual no se observa en el nivel agregado; en otras palabras, la aparente falta de racionalidad en el votante en el nivel individual desaparece en el nivel agregado; de esta manera, las opiniones volátiles se cancelan unas a otras en este nivel. El fenómeno anterior es un tema de opinión pública muy debatido, entre otros autores, por Robert Shapiro. El artículo de Lawson nos permite introducir dicho debate en México.

Los otros dos artículos no se concentran en el estudio del votante *per*

se ni tampoco utilizan encuestas como base para el análisis. Kathleen Bruhn estudia el triunfo del PRD en las elecciones de 1997 e identifica cuatro causas: la crisis económica de 1995-1996; el hecho de que Cárdenas se convirtiera en el receptor del voto de indignación contra Salinas; la reforma electoral de 1996, la cual aumentó los recursos económicos y el acceso a la televisión para la oposición; y la adopción de un discurso centrista por parte de Cárdenas. Todas estas explicaciones, aunque plausibles, carecen del sustento empírico que dan las encuestas, y su análisis se percibe menos sólido que los anteriores. Linda S. Stevenson estudia el efecto del aumento en el número de mujeres en el Congreso y su efecto en la legislación de asuntos relevantes para la mujer. Encuentra una correlación estrecha entre el número de legisladoras y la legislación en asuntos que benefician a la mujer. Éste es un paso más hacia la democratización, que supera la mera democracia electoral y se acerca a temas más sustantivos.

Cada artículo ameritaría un comentario de varias cuartillas para identificar con justicia tanto sus aportaciones a la teoría y a la metodología del estudio del votante, como las deficiencias en ellas que cada uno necesariamente tiene. Sin embargo, sólo haré comentarios breves con base en este libro acerca de qué sabíamos, qué sabemos ahora y qué nos falta saber sobre el votante mexicano.

El modelo teórico de los determinantes del voto en México fue propuesto por Jorge Domínguez y James McCann en 1995. Gran parte del de-

bate sobre el votante mexicano ha girado en torno de las hipótesis postuladas en ese trabajo. Este modelo estableció que las características sociodemográficas, como clase social, religión, raza, etc., de los ciudadanos, no son tan relevantes como para determinar la decisión del voto de los mexicanos. La identificación partidista, en cambio, sí se presenta como un fuerte determinante de la preferencia electoral. Las evaluaciones retrospectivas de los ciudadanos tampoco fueron, según ellos, relevantes para decidir el voto en las elecciones de 1988 y 1991. Estos autores establecieron un proceso de decisión del votante mexicano en dos pasos: primero, el ciudadano decide si quiere seguir apoyando al PRI o no; segundo, si decide rechazarlo, se enfrenta a la disyuntiva de escoger entre el PAN y el PRD, para lo cual sí entran en juego la ideología o las características sociodemográficas de los votantes.

Este modelo fue inicialmente criticado por Jorge Buendía (*Economics, Presidential Approval, and Party Choice in Mexico: The 1994 Elections*, 1996), quien arguyó deficiencias metodológicas en el cuestionario. Buendía demostró que el voto retrospectivo fue un determinante importante del voto en esos años. En la construcción de un modelo, Buendía se equivocó al eliminar de su modelo la variable de identificación partidista, basándose en la endogeneidad que presenta dicha pregunta. Moreno y Yanner (*Predictors of Voter Preferences in Mexico's 1994 Presidential Election*, 1995) elaboraron un modelo que sí incluyó la identificación partidista,

aunque muchas de sus variables se volvieron no significativas, tal como Buendía lo había previsto.

Alejandro Poiré, por su parte, construyó su modelo del votante mexicano a partir de las investigaciones mencionadas. En él corrige la endogeneidad de la variable partidista y de miedo al cambio, y logra un modelo muy completo del votante mexicano. Sus hallazgos confirman hipótesis anteriores y agregan nuevas. Las características socioeconómicas de los votantes desempeñan un papel marginal en la determinación del voto, en comparación con las evaluaciones retrospectivas de los ciudadanos, que sí desempeñan un papel relevante: quienes evaluaron positivamente la situación económica y la gestión de Salinas, tendieron a votar por el PRI; por su parte, quienes tenían evaluaciones negativas votaron por los partidos de oposición. La imagen de los candidatos fue importante, en particular la de honestidad y buena personalidad de Diego Fernández de Cevallos. Las campañas televisivas tuvieron su efecto, sobre todo el debate entre los candidatos. Por último, la aversión al riesgo o el miedo al cambio favorecieron al PRI, aunque moderadamente, según su análisis.

Sabemos pues que éstas son las variables que determinan la decisión del voto. Falta conocer las condicio-

nes bajo las cuales varía la importancia relativa de cada uno de estos determinantes. Para ello es necesario aplicar este modelo o uno similar que incorpore las variables relevantes a diferentes elecciones, y no sólo en el ámbito nacional, sino en el estatal y el municipal.

Sabemos también que la propuesta de Domínguez y McCann ya no se aplica como tal. Sin embargo, no sabemos aún, a profundidad, qué distingue a los votantes del PAN de los del PRD, qué sostiene la lealtad partidista hacia estos partidos y cuán extendido está el voto estratégico, según lo midió Lawson para el caso de la elección de Cárdenas como jefe de gobierno en el Distrito Federal en 1997.

Sabemos que el miedo al cambio, o las asimetrías de información con respecto al PRI frente a los partidos de oposición, como indican Cinta y Magaloni, han atenuado el declive del PRI. Sin embargo, ¿acaso este declive no ha sido frenado más bien (o también) por la lealtad partidista acumulada por el PRI en sus 70 años de gobierno? Y, si éste fuere el caso, ¿la desalineación partidista continuará al ritmo bayesiano trazado por Magaloni o será más resistente como esperaría la escuela psicosocial de Michigan? Éstas son sólo algunas de las preguntas que responderá esta recién consolidada comunidad científica.